

español; y luego preguntó el virrey cómo había sucedido, y habiéndole contado el caso Juan del Camino, mandó luego se supiese qué caballero de los que allí venían en caballos blancos hubiese sido el que tan valientemente peleó, y habiéndolos llamado á todos, dijeron que no estaba con ellos ni ninguno subió allá hasta que fueron todos; y entonces Juan del Camino dijo que era tan esforzado y valiente aquel caballero en cuya compañía peleó, que de un golpe que daba entre los enemigos, caían tantos, que era admiración, y lo mismo dijo Cristóbal Romero, y que después que subió toda la gente, nunca más le vió ni reparó en ello, porque entendió era uno de los del campo; que solo imaginó si era el Señor Santiago por haberle señalado la entrada con la bandera y cruz, y que en el acometer ambos á tanto enemigo y derribar y matar tanta infinidad de ellos, conoció ser obra de Dios. Oído el caso por el virrey y habiéndose averiguado ser el Señor Santiago, mandó juntar todo el campo, y con todos los sacerdotes que allí había, se hizo una procesión muy solemne cantando alanzas á Dios y el *te Deum laudamus*, la cual acabada, pusieron á buen recaudo los esclavos y cautivos, así grandes como niños y mujeres; y aquella noche hubo velas y gran guarda, y fueron tantos los gemidos de los despeñados que no acabaron de morir, que otro día de mañana fueron los indios mexicanos y tlaxcaltecas, y los acabaron; quedaron aquellas peñas y riscos corriendo sangre, y los españoles pusieron por nombre al Mixtón "Santiago," y el venerable P. Fr. Antonio de Segovia, apóstol de estos indios, hizo en él una capilla de la advocación del glorioso apóstol, y con el tiempo se cayó, y el Mixtón se quedó con el nombre antiguo que tenía, sin que se continuase á llamarle "Santiago."

Duró muchos años la osamenta, que parecía la de Roncesvalles, hasta que el tiempo la consumió. Antes que se consiguiera esta victoria, se había valido el virrey, viendo que no podía entrar en aquellos peñoles, del P. Fr. Antonio de Segovia, que los había bautizado y doctrinado, el cual con grandísimo ánimo, sin temor ninguno, procuró entrarse por sus casas, peñoles y serranías, como lo hizo, y cuando los indios ensan-

Capilla de Santiago en el Mixtón.

Fr. Antonio de Segovia.

greñaban sus flechas y saetas en los cuerpos de los españoles, le recibieron sin hacerle molestia alguna; se le postraban humildes, y si no fuera por él, durara mucho tiempo más el conseguirla, porque muchos, mediante los consejos de este bendito padre, no quisieron ir á la guerra, y después de ganada la victoria, les reprendió el santo diciendo lo mal que habían hecho, prometiéndoles todo buen tratamiento á todos aquellos que mansa y pacíficamente se volviesen á sus lugares y pueblos; y mientras este religioso andaba en esto, tuvo nueva el virrey que mucha de la gente que escapó y otros que se juntaron, que serían más de treinta mil enemigos, se habían empeñolado en la barranca de Cristóbal Romero, en Tepeaca, y que estaban de guerra, y así determinó irlos á desbaratar.

CAPITULO CXLI.

En que se trata cómo el virrey fué al Peñol de la barranca del pueblo de Tepeaca, y lo que sucedió.

Año de 1542.

Así que el virrey supo que los indios estaban empeñolados en el peñol de la barranca del Río Grande, que está junto al pueblo de Tepeaca, que era de Cristóbal Romero, de ahí á dos días después que se acabó y allanó lo del Mixtón, partió del pueblo de Xuchipila y fué por el río abajo hasta llegar á donde se junta con el Río grande, que es cerca del río de San Cristóbal en la barranca, que es un trabajosísimo camino, y habiendo llegado allí, asentó su campo en el pueblo que hoy se llama de San Cristóbal, entre aquellos dos ríos, y habiendo descansado, envió á saber y ver lo que había, y lo que se supo fué que no había quedado indio en todos aquellos ríos, porque todos se habían subido en aquel peñol, y que eran más de treinta

mil, y entre ellos muchos caxcanes de los que escaparon del Mixtón, y mandó al gobernador Cristóbal de Oñate enviase sus capitanes á castigarlos y desbaratarlos; y luego el gobernador envió al capitán Miguel de Ibarra con doscientos españoles y mil mexicanos, y entre ellos á Cristóbal Romero, que era encomendero de aquellos pueblos, ordenando que lo más del campo quedase con el virrey para que le guardase y para lo que se pudiese ofrecer, por ser la tierra más áspera de Nueva España; y habiendo ido el capitán Miguel de Ibarra al pueblo de Tepeaca y su peñol, que estaba tres leguas distante del campo del virrey, por malísimo camino, luego cercó el peñol para acometer otro día á los enemigos y desbaratarlos; pero á media noche Cristóbal Romero les envió á decir se fuesen, lo cual ellos hicieron así que tuvieron el aviso, y otro día de mañana Miguel de Ibarra acometió al peñol y fuerza y lo entró y ganó, y no halló en él enemigo alguno, sino dos ó tres viejas de á cien años, calentándose al fuego, á las cuales la mucha edad que tenían les fué impedimento para que se fuesen.

Fué esta burla muy reída y celebrada de los capitanes que habían ido con Miguel de Ibarra, viendo lo que lo habían de sentir los que habían venido de México, que todas sus pláticas eran hacer esclavos con grandes ansias; y habiendo vuelto donde el virrey estaba, le preguntó por la presa, y el capitán respondió: "Allá quedan todos," y preguntando en qué forma, contó el caso; pero no faltó un soldado de los que habían venido con el virrey de México, que dijese que Romero había avisado á los empeñolados, y oyendo el virrey esto, con mucha cólera mandó prender á Romero y le hizo la causa y sentencióle á muerte, y que luego se ejecutase; y estando ya confesado y ordenado que le colgasen de un mezquite, y ya para sacarle, acudió Cristóbal de Oñate con muchos caballeros, y hincados de rodillas, le dijeron con muchas súplicas que S. S. no hiciese tal, porque se había Dios y S. M. de deservir de ello, y que reparase en que aquel hombre tenía hijos y mujer y le había servido muy bien en México y en este reino, y que si se había

de ejecutar la sentencia, le degollase á él primero y luego á Miguel de Ibarra, y que antes había de agradecer la acción S. S. y tenerle en más, porque según iba la guerra, no quedaría indio en el reino, y que se mirase bien en ello; y así el virrey, viendo la resolución y lo que aquellos señores le habían dicho, lo perdonó, mandando fuese con él á la jornada de Compostela. Luego que Romero fué suelto y perdonado, salió el virrey del río y pueblo de San Cristóbal y cogió su camino para ir al peñol y valle de Ahuacatlán, por haberse dicho que estaba allí empeñolada casi toda la provincia de Compostela, y aun se decía había de pasar á Culiacán, y que había de volver á la provincia de la Purificación y lo había de allanar todo de una vez, si bien los soldados de México lo sentían, porque tenían más de cinco mil esclavos, y les parecía que ya les bastaba, y habiendo pasado el río, enderezó su viaje para el pueblo de Etzatlán, y así aquel día fué á dormir el campo al pueblo de Tequisistlán, que sería casi de mil indios, los cuales salieron de paz y hospedaron al campo, y Cristóbal Romero regaló muy bien al virrey y le sirvió, que era encomendero de este pueblo, y estando allí dos días, fueron á verle todos los pueblos del valle de Tonalán y á dar disculpa de cómo ellos no habían sido en el alzamiento, como es verdad, y que nunca lo fueron, porque, como queda dicho, el P. Fr. Antonio de Segovia, su pastor, siempre los detuvo con pláticas amorosas y amonestaciones, y los conservó en la amistad de los españoles y obediencia que debían tener al rey de España.

Díjoles el virrey que los españoles se habían de pasar de la banda del río á vivir entre ellos, que los trataran bien y les hiciesen sus casas, y que de no lo hacer así, volvería de México solo á castigarlos, y todos prometieron de ayudar á los españoles y ser leales vasallos á S. M.; y habiendo regalado y acariciado á todos aquellos caciques, los despidió y mandó marchar su campo para el pueblo de Tequila, que está en el camino que va á Etzatlán y Ahuacatlán; y así como salió de Tequisistlán, mandó que una compañía de caballos fuese hacia el camino de Apánique, á salir á Amatitlán, á ver si había gente enemiga empe-

ñolada, y fué por caudillo de ellos el capitán Miguel de Ibarra, y entre los que fueron fué Salamanca, Diego de Colio, Romero, Angel de Villafaña y otros, los cuales corrieron muchas barrancas y no hallaron cosa ni rastro de indios de guerra, sino que bien cansados y asoleados salieron al pueblo de Amatlán, donde hallaron al virrey y le dieron cuenta de todo, y se fueron á descansar, y cenaron de unas patas de vaca, que fueron bien solemnizadas por la mucha hambre que llevaban. Otro día fueron al pueblo de Tequila y hallaron los indios medio alborotados, porque temían habían de ser castigados por haber sido en las muertes del P. Fr. Antonio de Cuellar, guardián de Etzatlán, al cual mataron entre el pueblo de Ayahualulco y Ameca, en el Puertezuelo, y al P. Fr. Juan Calero en la serranía de Tequila; pero con todo eso, el virrey los envió á llamar y le salieron á recibir mucha cantidad de indios y los caciques; y dos de ellos, que el uno se llamaba D. Fernando y el otro D. Diego, comenzaron á disculparse diciendo que ellos no habían sido en la muerte de los frailes de Etzatlán, sino los de Ameca; pero con todo eso, el virrey mandó asegurarlos y que fuesen con él á Etzatlán, diciendo que allí se averiguaría con los de Ameca, y con esta fé fueron los caciques con el virrey. Y habiendo asentado y visto este pueblo de Tequila, que era de más de mil indios, partió con su campo para el pueblo del cacique Guaxícar, que era de más de tres mil, en el valle que ahora llaman de la Magdalena, y por otro nombre la Higuera, en frente de la laguna de Etzatlán; y habiendo llegado el campo y el virrey á la fuente de la Higuera, mandó el gobernador Cristóbal de Oñate que fuese un capitán al pueblo de Guaxícar, una legua de allí sobre Guaxacatlán, á ver si había quedado alguna gente del alzamiento, y habiendo ido el capitán con algunos soldados, no hallaron persona alguna, porque todos se habían metido en las barrancas del río y pasado de la otra banda. De allí corrieron á la provincia de Xocotlán, y hallaron los indios tan alborotados y empeñolados, que era imposible entrarles, con que se volvió el capitán con sus soldados al cabo de tres días, y dió razón de todo; y habiéndolo oído el virrey,

mandó llamar al gobernador Cristóbal de Oñate y le dijo que le parecía que era cosa muy trabajosa querer de presente allanar aquella gente en tan empinadas y desesperadas sierras y barrancas, y que había de costar mucho, y que un español en aquella ocasión era de mucha importancia y valor, y que eran pocos para domeñar tales asperezas, y que lo mejor era que se sujetase la gente de los llanos y valles, porque sujeta ésta y ganada la tierra y pacífica, con facilidad se allanaría todo lo demás.

Dicho esto por el virrey, pareció bien á todos, y así mandó marchar el campo para el pueblo de Etzatlán, que estaba de allí tres leguas, y habiendo llegado, fué muy bien recibido del capitán Diego López de Zúñiga y soldados que allí dejó puestos el Adelantado D. Pedro de Alvarado; y todos aquellos señores caciques de este pueblo y provincia, que era de más de veinte mil indios, salieron á recibirle, y le aposentaron y á todo el campo y sirvieron muy bien de paz, porque los de esta provincia siempre la tuvieron y nunca se alzaron; y estando todos en Etzatlán aderezándose para pasar el puerto y ir á desbaratar el peñol de Ahuacatlán, al cabo de cuatro días le llegaron nuevas de cómo el capitán Juan de Villalba había ganado y desbaratado todas las fuerzas, y que lo de Culiacán y lo de la Purificación estaba llano, y asimismo le llegaron nuevas de Tzíbola, de cómo se salía el general Francisco Vásquez Coronado por no hacer en aquella tierra cosa de valor ni de importancia; y habiéndolo sabido el virrey, con todo eso, quiso pasar adelante por verlo y dejarlo todo hollado y quieto para que no le obligasen á volver á salir de México á semejantes pacificaciones, y estando con esta determinación, el gobernador Cristóbal de Oñate y los demás capitanes y gente principal del campo, le fueron á suplicar que S. S. se volviese de allí á México, porque allá era de mucha importancia su presencia, pues que ya lo de acá quedaba llano, y las fuerzas más principales de los indios estaban rendidas, y que hacer otra cosa sería yerro, pues todo el peso de la Nueva España pendía de S. S., y que él, con los capitanes que tenía, tomaba á su cargo lo de la Galicia, con las

veras que siempre en servir á S. M.; y habiéndolo oído el virrey, agradeció mucho el consejo, diciendo que con mucha confianza se iba; y que del valor de tales capitanes esperaba harían todo lo que prometían, como siempre lo habían hecho, y que cada y cuando se ofreciese necesidad, acudiría con su persona y con las veras que verían, y que les pedía que con la brevedad posible poblasen la ciudad donde tenían tratado y sacasen toda la gente de ella antes que sucediese algún fracaso ó otra mayor aflicción que en la que se vieron, y que no tenían para qué rehusarlo ni que temer á Guzmán, pues todas eran tierras del rey.

Y habiendo concluido y tratado muchas cosas, se despidió del gobernador Oñate y de los demás capitanes, y mandó que los soldados y capitán que allí estaban por D. Pedro de Alvarado, se quedasen allí con algunos españoles, parte de ellos, y los demás se fuesen; y así quedó el dicho capitán D. Diego López de Ayala y Zúñiga; y luego envió á todas las fronteras de Autlán y Tzapotlán y á las demás que Alvarado puso, se fuesen donde quisiesen, con que algunos se quedaron, otros se fueron á México y otros al Perú; y habiendo partido de Etzatlán para México, así que llegó con todo su campo, se le hicieron grandes fiestas y solemnísimo recibimiento, llevando el triunfo y trofeo de los enemigos que llevó presos cautivos, que era cantidad de cinco mil indios, chicos y grandes. Con este castigo quedó la tierra tan pacífica, que hasta estos tiempos no se volvió á alzar.

No cesó el venerable P. Fr. Antonio de Segovia, como tan gran prelado y pastor, de proseguir en el traer al rebaño del Señor aquellas fieras á quienes, á los más de los cuales, había bautizado, no dejando quebradas, grutas, barrancas, peñoles y sierras asperísimas por buscarlos, y como los iba encontrando el santo, les iba reprendiendo, diciéndoles lo mal que habían hecho, y prometiéndoles todo buen tratamiento á todos aquellos que mansa y pacíficamente se volviesen á sus pueblos. Recibíanle de paz los indios y se alegraban con su presencia, porque le estimaban y querían mucho, por lo que en él habían

visto y experimentado del mucho amor que les tenía y la caridad que había usado siempre con ellos, y viendo que sola ella le movía y el compadecerse de sus trabajos, á caminar por caminos tan ásperos y fragosos, á pié y descalzo, padeciendo infinitas necesidades; y así luego vinieron en obedecer lo que el santo religioso les dijo, recogiendo á sus pueblos, y después de dados de paz, se salieron de los breñales y barrancas en que estaban escondidos, y les hizo poblar los pueblos que estaban abrasados con la guerra y reedificar las iglesias, poniéndolos en policía, á que ayudó mucho el capitán y alférez real Hernán Flores, encomendero que era del pueblo de Xuchipila y sus sujetos, donde había catorce mil indios; y después de haberse pacificado y poblado, para la manutención y para más asegurar á los indios, acudieron otros religiosos de la orden de N. P. S. Francisco, que les asistieron.

CAPITULO CXLII.

En que se trata cómo después de la guerra del Mixtón, fué el P. Fr. Miguel de Bolonia al pueblo de Xuchipila, para la manutención de los indios que habían sido alzados y de guerra.

Año de
1542.

El P. Fr. Miguel de Bolonia, que fué uno de los que salieron de México, con el P. Fr. Martín de Jesús para las provincias de Michoacán y Xalisco, donde trabajó infinito, por ser uno de los apóstoles de la provincia de Avalos, Tzapotitlán, Tzapotlán, Tlamatzolan y Tuchpan, en las cuales no fué el que menos trabajó, convirtiendo muchos infieles á nuestra santa fé católica, y habiendo sabido del alzamiento general de los indios, que tanto había alterado toda la tierra, y que ya estaba de paz, y lo mucho que había hecho el P. Fr. Antonio de Segovia en la reedificación de los pueblos, en levantar iglesias y reducirlos al trato polí-